

ARTIGAS, Mariano, *Las fronteras del evolucionismo*, Libros MC, Madrid, 1985.

El tema de la evolución va asumiendo en los últimos años un puesto preeminente en el que convergen numerosísimos estudios científicos y problemas filosóficos fundamentales. Por este motivo hay que dar la bienvenida a un libro como el de M. Artigas, que con lenguaje claro y rigor científico presenta el estado de la cuestión de las actuales reconstrucciones evolutivas y la problemática filosófica que les es inherente. El libro se ve enriquecido por un sugestivo prólogo de John C. Eccles, Premio Nobel de Medicina. Eccles afirma que las ciencias experimentales no tienen derecho a aliarse con el materialismo filosófico y que, cuando lo hacen, pierden valor científico, al proponerse indebidamente como explicaciones *totales*, en nuestro caso, del origen del universo, que por eso mismo refutarían la doctrina de la Creación divina, o la dejarían archivada como una explicación acientífica y mítica. El estudio de Artigas por su parte, intenta delimitar las fronteras entre la ciencia segura, las hipótesis y la

pseudo-ciencia, entre evolucionismo e ideología, y entre evolucionismo, filosofía y religión.

El capítulo I trata de «El Origen del universo». Después de exponer a grandes rasgos las teorías cosmológicas existentes, el autor concluye que la tesis de la explosión inicial (*Big Bang*), hoy comúnmente aceptada, no vale, evidentemente, como argumento decisivo de la existencia de la Creación, porque difícilmente puede probarse que el estado inicial del que se parte no ha sido precedido por nada; sin embargo, en la medida en que hoy no se presenta una mejor alternativa con base en la experiencia —sí las hay como propuestas matemáticas—, las teorías del *Big Bang* insinúan el origen temporal de nuestro universo. Con mayor motivo, el denominado principio *antrópico*, según el cual la evolución cósmica ha seguido un camino rigurosamente determinado, de modo que éste y sólo éste hace posible la vida humana, y aún la simple vida terrestre, invita también a ver un designio teleológico en un Autor Inteligente de la naturaleza, designio que no puede atribuirse a las fuerzas cósmicas materiales.

En el capítulo II se afronta el

BIBLIOGRAFIA

problema de «El Origen de la vida». Respecto a la hipótesis del origen químico de la vida, Artigas hace notar las enormes dificultades que conlleva desde el punto de vista científico, de manera que para el estado actual de la ciencia, por lo menos, aparece como un fenómeno sumamente improbable. De todos modos, ni la filosofía ni menos aún la religión encontrarían en ello un inconveniente insalvable, pues de cualquier manera el universo en su conjunto se remite a la suprema causalidad creadora de Dios, dando así satisfacción al principio de causalidad. Si la vida no surgió de procesos puramente químicos, *a fortiori* hay que admitir la intervención de una causa superior. Pero en definitiva, el orden extraordinario que el fenómeno de la vida pone de manifiesto —esto es lo importante—, lleva de un modo u otro a la necesidad de una Inteligencia superior y trascendente al mundo, como testimonia hoy hasta el mismo Hoyle, quien siempre había sostenido posiciones ateas. No se trata, dice Artigas, de que la ciencia experimental pueda demostrar que Dios existe, cosa que excede a sus métodos. Pero la reflexión filosófica sobre la ciencia sí lleva a Dios. Cuanto más avanza la ciencia, más orden descubre.

«El Origen del hombre» en cuanto animal es abordado en el capítulo III. Artigas presenta un panorama general de los resultados de las investigaciones antropológicas, con el propósito de deslindar la ciencia de la ideología, aunque no de la metafísica. Y hay ideología cuando se fuerza a la ciencia más allá de los datos disponibles (p. 64), pretendiendo imponer una te-

sis filosófica sólo por el prestigio de argumentos científicos que no son tales. La problematicidad de las teorías sobre el origen del hombre estriba en que los fósiles muestran seres tan característicos y especializados, que es imposible admitir con seguridad que son los verdaderos antecesores o descendientes del árbol buscado; cada supuesto paso evolutivo implica recurrir a formas intermedias desconocidas (p. 59).

La sucesión generalmente admitida *Australopithecus-Homo habilis-Homo erectus-Homo sapiens* es un cuadro incompleto y con muchos elementos dudosos. Señalar estas dificultades ayuda al progreso de la misma ciencia.

El capítulo IV, «Evolucionismo: ciencia e ideología», enfoca la evolución a la luz de las teorías que históricamente han surgido. El panorama consiste esencialmente en el amplio desarrollo del darwinismo, hasta la actual teoría sintética neodarwinista, que conjuga la selección natural con la genética en el marco de un transformismo gradualista, junto a las más recientes teorías rivales discontinuistas, como la de Gould y Eldredge, para quienes la evolución acontece según saltos bruscos, y va unida a largos períodos de estabilidad de las especies. Para Artigas esta última teoría no es científica, en cuanto resulta empíricamente no improbable (p. 87), pues esos saltos rápidos no dejan registros fósiles. En definitiva, se comprueba que el estado actual de las teorías evolutivas, con sus polémicas internas, es altamente hipotético. Hay certezas parciales de evoluciones limitadas (*microevolución*), pero no la hay, ni de lejos, de una evolución universal o muy

BIBLIOGRAFIA

amplia (*macroevolución*). El que afirma una evolución universal, opera con un convencimiento metafísico, y muchas veces lo hace porque descarta otras posibles alternativas (p. 81).

En el capítulo V, «Los Enigmas del evolucionismo», el autor hace notar las lagunas concretas existentes en los cuadros evolutivos diseñados por las ciencias biológicas. En el capítulo VI, «Evolución, azar y finalidad», se entra en el intrincado problema de los fines y el sentido de la evolución. Hay una clara finalidad immanente en los vivientes, individual e intraespecífica. El asunto se complica cuando pasamos a la evolución transespecífica: ¿se orienta ésta, supuesta su existencia, según un plan progresivo de perfeccionamiento? Las explicaciones científicas y la experiencia no sugieren un progreso unidireccional ininterrumpido, aunque sí hay un perfeccionamiento global, multidireccional, en medio de caminos tortuosos, y con una tendencia hacia el hombre. El problema está abierto y no es sencillo. Artigas hace notar que sería inconsistente explicar *toda* la evolución *fundamentalmente* por el azar: hay tendencias, planes, progresos y hechos tan complejos, que acudir al azar sería pueril o muestra de ignorancia.

En «Evolución y Creación», capítulo VI, el autor refiere la polémica, a menudo mal planteada, entre ultra-creacionistas y ultra-evolucionistas (EE.UU.). Realmente no hay oposición entre creación y evolución. Dios puede crear un mundo con un destino evolutivo y, al revés, todo lo evolucionado siempre será creado. La alternativa se da,

evidentemente, ante un ser o especie particular, que existe por creación directa, o procede de otro generativa o evolutivamente. El científico tiene derecho a buscar explicaciones empíricas de los hechos empíricos, y no debe invocar, ante eventuales lagunas, una acción particular de la Primera Causa. Es lógico que, ante nuevas formas de vida antes inexistentes, el científico investigue si no habrán surgido de seres anteriores. Pero eso no implica que deba excluir por principio una posible creación, aunque nunca podrá afirmarla como científico, sino que en todo caso deberá consignar que se enfrenta con hechos-límite, que la ciencia constata pero no explica (una actitud semejante ocurre, por ej., ante los milagros).

En el c. VII, «Evolución y Cristianismo», se señalan los puntos firmes que sobre este tema exige la doctrina católica. El libro acaba con un interesante diálogo-entrevista entre el autor y Sir John Eccles.

J. J. SANGUINETI

BERRY, Christopher J., *Hume, Hegel and Human Nature*, Martinus Nijhoff, The Hague, Boston, London, 1982, 299 págs.

Las observaciones de Stuart Hampshire, según el cual cabe caracterizar la filosofía como búsqueda dirigida a encontrar una correcta definición del hombre, y Maurice Mandelbaum, para quien en el período que siguió a la Ilustración surgieron rasgos definitorios de una nueva era intelectual, sirven de arranque a la presente investigación, la cual propone examinar de